

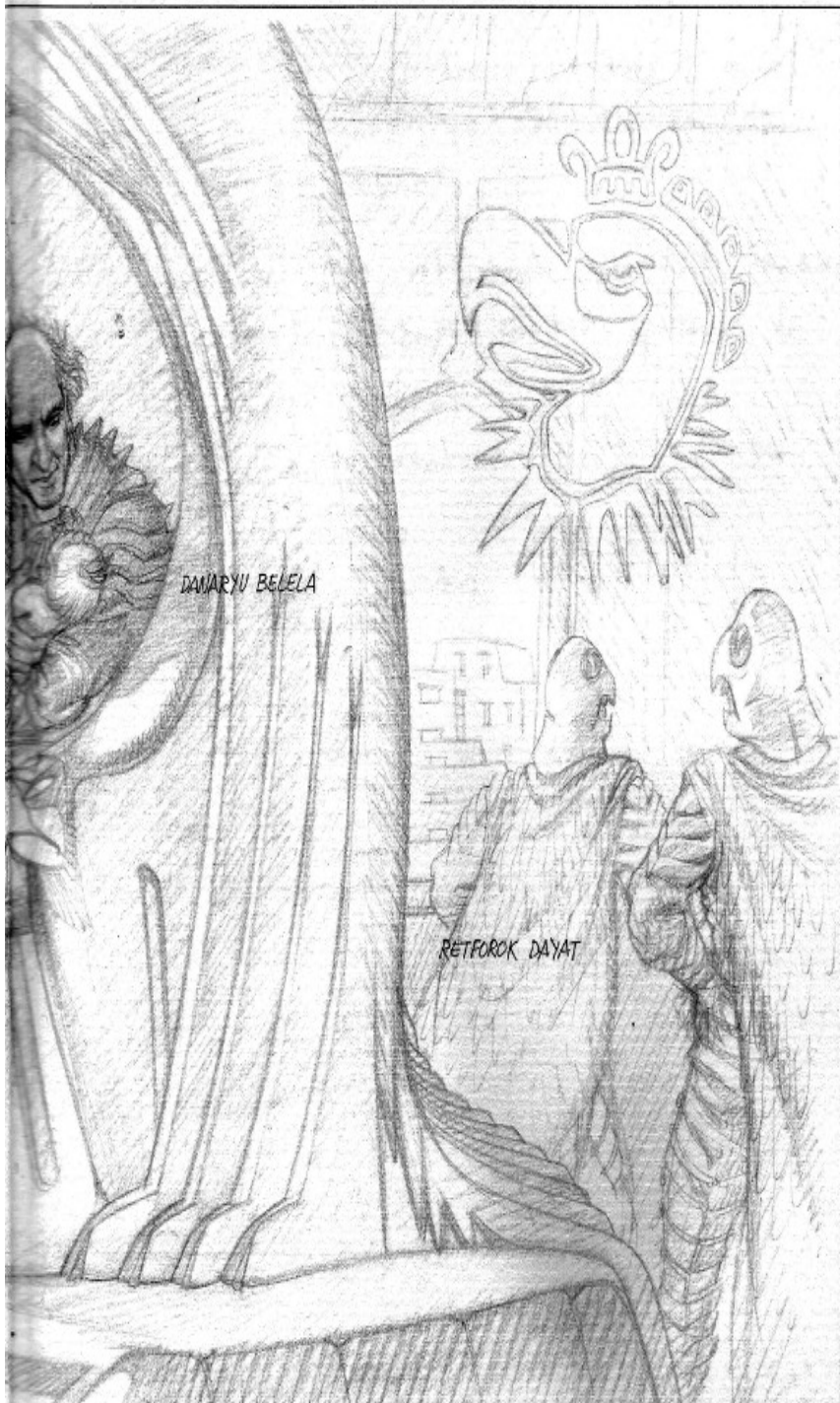
# EL ETERNO REGRESO A CASA

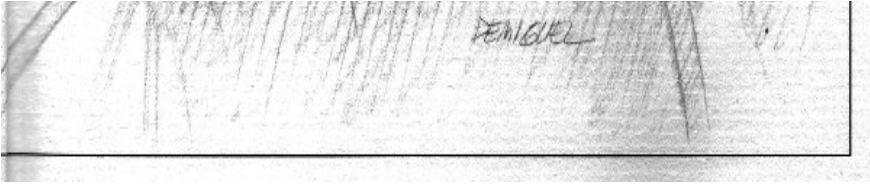
URSULA K. LE GUIN



El eterno regreso a casa narra la historia de Piedra Parlante, hija de una mujer de las apacibles ciudades del valle y de un jefe de las fuerzas invasoras del Norte, que busca la paz entre los dos pueblos en un viaje que es a la vez su propia y conmovedora aventura. Esta singular biografía se enmarca en el relato minucioso e imaginativo de la vida de los kesh, un insólito pueblo de la costa del Pacífico. El lector conoce sus historias y costumbres a través de las notas, mapas e ilustraciones de una etnóloga inteligente y curiosa. Así, a lo largo de estas páginas deslumbrantes se entremezclan los más diversos rituales épicos y cotidianos, desde la descripción de una guerra hasta recetas para la preparación de una sopa de cordero, sátiras, letras de canciones, obras dramáticas, tecnología y poesía.

Una de las obras más intensas y ambiciosas de Ursula K. Le Guin.





## Nota preliminar

Los personajes de este libro podrían haber vivido dentro de muchísimo tiempo en el Norte de California.

La parte principal de la obra recoge sus propias voces hablando por sí mismas en relatos y biografías, obras de teatro, poemas y canciones. Si el lector se topa con algunos términos que le resultan desconocidos, al final le quedarán perfectamente aclarados. En mi labor de novelista, he juzgado conveniente agrupar muchos de los aspectos descriptivos de la obra en una sección titulada «La parte final del libro», que pueden saltarse los amantes de la narrativa pura, y consultar en cambio quienes gusten de las explicaciones. El glosario final también puede resultar entretenido o útil.

Resulta difícil traducir de un idioma que no ha llegado a existir, pero tampoco hay que exagerar. Al fin y al cabo, el pasado puede ser tan oscuro como el futuro. El antiguo texto chino del *Tao Te King* ha sido traducido decenas de veces a los idiomas occidentales, y de hecho, los chinos tienen que traducirlo de nuevo a su propia lengua cada ciclo de Catay, pero ninguna traducción puede devolvernos la obra que escribió Lao Tsé (quien tal vez no existió). De lo único que disponemos es del *Tao Te King* actual. Lo mismo cabe decir de las traducciones de obras literarias del (o de un) futuro. El hecho de que todavía no hayan sido escritas, la mera ausencia de un texto para traducir, no representa

una gran diferencia. Lo que fue y lo que podría ser se halla, como niños cuyos rostros no podemos ver, en brazos del silencio. Lo único que tenemos en cada momento es el aquí y el ahora.

# El eterno regreso a casa

LA CANCIÓN DE LA CODORNIZ

*De la Danza del Verano*

En los campos junto al río  
de los prados junto al río  
de los campos junto al río  
en los prados junto al río  
    corren dos codornices

Corren dos codornices  
vuelan dos codornices  
dos codornices corren  
dos codornices vuelan  
    de los prados junto al río



## Hacia una arqueología del futuro

¡Cómo se siente el paciente científico cuando los montecillos informes de hierba y las imprecisas zanjas bajo los cardos y los matorrales empiezan a cobrar forma y todo se hace claro! ¡Ahí está la entrada, allá el granero! Excavaremos aquí, y allí, y después echaré un vistazo a esa ligera protuberancia en la ladera... ¡Cómo se siente en la mismísima gloria cuando un fino disco se desliza entre sus dedos con el polvo del tamiz, y una vez limpiado con el roce del pulgar muestra el relieve del dios, estampado en el delicado bronce! ¡Cómo envidio sus palas, sus cedazos y sus cintas métricas, todas sus herramientas, y sus manos sabias y expertas que tocan y sostienen los hallazgos! No por mucho tiempo, desde luego, pues pronto ha de entregarlos al museo, pero al menos los acoge unos instantes entre sus manos.

Por fin encontré la ciudad que había estado buscando. Tras excavar equivocadamente en diversos lugares durante más de un año, obsesionada por varias ideas estúpidas — por ejemplo, que debía estar amurallada y tener una entrada principal—, me hallaba examinando por enésima vez las curvas de nivel de mi plano de la región cuando empecé a comprender, de la misma forma lenta pero inevitable en que el sol se levantaba sobre mí, que la ciudad estaba allí, entre los arroyos y bajo mis pies, desde siempre. Y que jamás había existido una muralla; ¿para qué iban a necesitar-

la? Lo que había tomado por entrada principal era el puente que cruzaba la confluencia de los arroyos. Y los edificios sagrados y el lugar de las danzas no estarían en el centro de la ciudad, pues el centro es el eje, sino más arriba, en su brazo de la doble espiral, en el brazo derecho, naturalmente; allí, en la dehesa, bajo el establo. Y así es, así es.

Pero aquí no puedo excavar con la esperanza de encontrar el trozo curvo de una teja, el pie iridiscente de una copa de vino, la cápsula cerámica de una batería solar o una pequeña moneda del oro de California, del mismo —pues el oro no se oxida— que fue pesado en Placerville y gastado en prostitutas o en bienes raíces en Frisco y quizá convertido luego, durante un tiempo, en un anillo de boda, y ocultado más tarde en un sótano más profundo que la mina de donde salió hasta que resultó inútil toda medida de seguridad y aparecía ahora con la nueva forma, redonda esta vez, de un sol de rayos curvos entregado en homenaje a un artesano habilidoso. No, eso no lo encontraré. No existe aquí. Este pequeño sol de oro no mora, como ellos dicen, en las casas de la Tierra. Está en el aire tenue, en las soledades que se extienden más allá de este día y de esta noche, en las casas del Cielo. Mi oro está en los fragmentos de cerámica al final del arco iris. ¡Excava aquí! ¿Qué encontrarás? Semillas. Semillas de avena loca.

Ahora puedo caminar entre la avena loca y los cardos, entre las casas de Sinshan, la pequeña ciudad que he estado buscando. Puedo cruzar el eje y llegar al lugar de las danzas. Allí, hacia donde hoy se alza el roble del valle, estará la Obsidiana, al noreste; muy cerca de ésta, la Arcilla Azul excavada en la ladera, al noroeste; más próximo a mí, hacia el centro, la Serpentina de las Cuatro Direcciones, y luego los dos adobes, en una curva que desciende hacia el arroyo, al sureste y al suroeste. Tendrán que drenar ese campo si, como pienso, construyen los heyimas bajo el suelo, asomando sólo sus techos piramidales con triforios, y los remates ornamentados de la escala de entrada sobresalien-

do del vértice. Puedo verlos claramente. Aquí me son permitidas toda clase de visiones con los ojos de la mente. Puedo quedarme aquí, en la vieja dehesa donde no hay más que sol y lluvia, avena loca y cardos y decrépito salsifí, sin ganado que paste, sólo ciervos, puedo cerrar los ojos y ver: el lugar de las danzas, los empinados techos piramidales, una luna de cobre batido encima de un largo poste sobre Obsidiana. Si presto atención, ¿acaso no puedo escuchar voces con el oído interior? ¿Pudiste oírlas tú, Schliemann, en las calles de Troya? Si así fue, tú también estabas loco. Los troyanos llevaban muertos tres mil años. ¿Quién está más lejos de nosotros, más lejos de nuestro alcance, más silencioso... los muertos o los que aún no han nacido? ¿Aquellos cuyos huesos yacen bajo los cardos y el polvo y las lápidas del pasado, o aquellos que se deslizan ingravidos entre las moléculas, que habitan donde un siglo pasa en un día, entre la buena gente, bajo la gran colina de la Posibilidad, de perfil de campana?

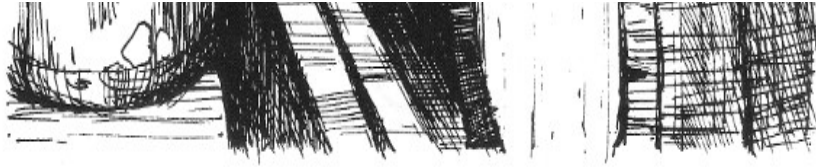
No hay modo de encontrar sus restos en excavaciones. No existen huesos. Los únicos huesos humanos en esta dehesa serían los de sus primeros habitantes, y éstos no eran enterrados ni dejaron tumbas, tejas, restos de cerámica, murallas o monedas. Si tuvieron una ciudad aquí, ésta se levantó con los materiales de que están hechos los bosques y los campos, y nada ha quedado de ellos. Uno puede escuchar, pero todas las palabras de su idioma se han perdido, se han olvidado por completo. Trabajaron la obsidiana, y ésta permanece; allí abajo, en las lindes del aeropuerto de hombre rico, había un taller y en ese lugar se pueden recoger numerosas lascas trabajadas, aunque hace años que nadie ha encontrado una punta pulimentada. No queda otro rastro de su presencia. Dominaron su valle muy superficialmente, con delicadeza. Deambularon por él apaciblemente, como lo harán los otros, éstos que busco.

El único medio que puedo concebir para encontrarlos, la única arqueología que puede tener éxito, es como sigue:

Una toma en brazos a su hijo o a su nieto, un bebé que todavía no ha cumplido un año, y desciende entre la avena loca por el campo bajo el granero. Después se detiene bajo el roble en la última cuesta de la colina, mirando al arroyo. Se detiene silenciosamente. Quizás entonces el bebé vea algo, o escuche una voz, o hable allí con alguien. Con alguien de casa.







*La bodega pequeña de Sinshan*

# Piedra Parlante

## parte i



Piedra parlante es mi último nombre. Me ha sido impuesto por mi propia voluntad y elección, pues tengo un relato que contar sobre el lugar donde fui cuando era joven, aunque ahora no voy a ninguna parte y paso el tiempo sentada como una piedra en este lugar, en esta tierra, en este valle. He llegado a donde me dirigía.

Mi Casa es la Arcilla Azul y mi hogar el Porche Elevado de Sinshan.

Mi madre se llamó Carcachil, Sauce y Cenizas. El nombre de mi padre, Abhao, significa 'Muertes', en el valle.

En Sinshan los nombres de los niños suelen proceder de los pájaros, ya que son mensajeros. Durante el mes anterior a mi nacimiento, un búho acudió cada noche al robledal llamado Gairga, frente a las ventanas de la Casa del Porche Elevado, en el lado norte, y allí cantó la canción del búho. Por eso mi primer nombre fue Búho del Norte.

El Porche Elevado es una casa antigua, de sólida construcción y grandes estancias. Las vigas y la estructura son de secoya, las paredes de adobe y mortero, los suelos de roble, y las ventanas de vidrio pulido en pequeños paneles cuadrados. Los balcones de Porche Elevado son espaciosos y bellos. La abuela de mi bisabuela fue la primera que vivió en sus aposentos, en la primera planta, bajo el techo.